

puédo hacer también. — Más la piedad
así como esta dificultad de palmar. — Lo que
de cuales son mis pecados.
— Si no surge otra dificultad, no es co-
mún grave, hijo mío, recorda todos los tu-
vos y te los diré al oído, cuando te hayas
de confesar.

— Entonces confesará todos los que me
dijes. — La salida de la iglesia cristiana hizo
que se mezclara un poco la sarna en la
trava y solamente consulta que a comenzar
la. No se ayude más el punto de la conver-
sion de las hijas de mi casa. No debe que
se reputaban venturosas de poder al fin se-
parar las angustias de su corazón inocente sin
temer descontentar a su madre. Hablába-
se del bautismo condicional, se hacían mil
planes de vida católica de piedad, de su-
misión al Vicario de lascerisio, y de apos-
tado. Era dulce para Julia coger un pio-
so el fruto de la semilla echada con la tri-
mas y temores durante un año.

la vida donde antes era no se sonaba
lado por un siglo de muerte. Por una paz
apacible y racional, una conformidad sin
cena de inclinaciones, una concordia de pa-
recer simpática, una docilidad de espíritu
y de corazón, una goza es el secreto de los
corazones y en el secreto también de los
renovados en un momento. Lo que a los
gracias, gracias también a mi madre. No
debe por ella que se sonaba.

LXXXVIII

LA PRIMERA BENDICION CATOLICA.

Quien hubiese visitado á la familia Ne-
edle tres días antes de la resolución de en-
trar en la Iglesia católica, hubiese vuelto
tres después, hubiera con dificultad creído
lo que vieran sus ojos: tan diferentes cor-
rían las nuevas condiciones. En vez de la
división de los ánimos, áspera irremediable
apenas velada por las externas relaciones
de la cortesía, reinaba una concordia pro-
funda y admirable. Parecía el sol nacer
por la primera vez para iluminar aquel
castillo desolado, y difundir los tesoros de

la vida donde antes cada uno se sentía helado por un saplo de muerte. Era una paz apacible y racional, una conformidad sincera de inclinaciones, una concordia de pareceres simpática, una docilidad recíproca y deliciosa, un gozo en el secreto de los corazones y en el comercio familiar, que renovábase á cada momento. Lo que á John gustaba, gustaba también á mistress Needle, y por filial correspondencia, nada desplazaba tampoco al hijo de lo que á su madre placía. En cuanto á las niñas, amaestradas por tan dulces ejemplos, no oyendo ya ninguna palabra, de disgusto entre su madre y su hermano, entraban naturalmente en la común armonía y abrían libremente su corazón á las religiosas enseñanzas de la maestra, que notaban se había convertido en el oráculo de la familia.

Julia sin, embargo, no se dejaba envanecer por su nueva grande autoridad, y mucho menos admitía la especie de reverencia que su señora le tributaba. Con todo, no podía repeler su afecto, porque le servía de mucho para dar á los convertidos la primera dirección indispensable. Si mistress Needle había querido hasta entonces con maternal amor á la joven, no

obstante la discrepancia religiosa, habiéndose rasgado este último velo de división, no ponía límites á su ternura. Al abandonarse totalmente á los consejos de Julia, añadió un sentimiento mezclado con los de la gratitud, del cariño y casi de la admiración por sus virtudes. No podía menos de ver cuanto aquel noble corazón cristiano había hecho y sufrido para llegar á quitarle la venda del error y encender en su pecho la llama de la verdadera religión.

Al joven, que la consultaba, le aconsejó Julia que se instruyese mucho en la doctrina de la Iglesia, recurriendo á hombres más capaces que ella. Es su virtud resolvió retirarse á su casa de Londres y no volver á Parque Verde hasta el día de la profesión católica. Allí tendría ocasión de oír todas las aclaraciones que deseaba sobre el Catecismo tridentino, que había llegado á ser su estudio cotidiano. Para instruir á la señora y á sus hijas, había deseado Julia invitar á dos religiosas á fin de que pasasen algunas semanas en el castillo; más esto no se realizó, porque la Needle no supo decidirse á recurrir á forasteros, teniendo á la joven en su casa y juzgando imposible hallar una persona más

culta ó más discreta. El prelado de la diócesis confirmó despnes este acuerdo suyo.

Los señores Needle, el dia mismo en que se hallaron de acuerdo en mudar de religión, escribieron una carta muy reverente al obispo de Newcastle, en la cual le suplicaban que los recibiera en el seno de la Santa Madre Iglesia, y le pedían permiso para postrarse juntos á sus pies, á fin de confirmar su solicitud, y recibir las órdenes de su Gracia. Julia hizo llegar al Prelado la carta, por medio de su director, con otra suya, en la cual referia los detalles de la conversión realizada. Los convertidos hallaron pronta y amante acogida. Monseñor limitóse á ensalzar su propósito, alegrándose con ellos por que no habían despreciado la inspiración celeste, y haciéndoles conocer la grandeza de los consejos de Dios, que les concedía tan preciosa merced, cabalmente cuando algunos católicos de nacimiento se revelaban contra su misma conciencia, persiguiendo á la Esposa de Jesucristo. Añadió que custodiasen celosamente la buena semilla echada en su seno por el Sembrador celeste, así como que la promoviesen con la humildad y la oración, procurando con mucho ahinco

poseionarse bien de las verdades católicas y de sus motivos. porque las dudas y las vacilaciones nacen de la mala inteligencia, cuando no parten de una torcida voluntad. Díjoles tambien que para ello no había de ir muy léjos teniendo á la señorita de Nápoles, que ya les había explicado lo preciso para creer y obrar como buenos católicos. Para las disposiciones prácticas que habrían de tomarse, delegaba, si les parecía bien, al confesor de la joven, para que fuese á Parque Verde, y lo arreglase todo con el asentimiento de la familia.

En nombre de la cual respondió mistress Needle (John daba gustosamente á otros el encargo de representarle), que ella y los suyos recibían con viva gratitud las paternales palabras de Monseñor, y aceptaban como de la mano de Dios la guía espiritual que les designaba; que procurarían ser obedientes hijos de la santa Madre Iglesia católica, tanto si hablase por boca del Pastor de la diócesis, como si hablase por otros delegados; que por lo demás, áun consultando su propio gusto, no sabrían apetecer cosa mejor que confiar su conciencia al digno sacerdote, al que profesaba ya gran estimación, por ser el consejero de la señorita Julia de los Laureles.

Al llegar á este punto, el alma tierna de la excelente mistress Needle no pudo dejar de satisfacer un tributo de gratitud á la muy amada jóven de Nápoles:—A ella, dijo, después de Dios, somos deudores de nuestra conversión; y estámosle mucho más obligados, porque por cariño y por ansiar nuestra salvación, sigue viviendo con nosotros, apartada de su noble familia.

Añadió Julia, grandemente avergonzada:—Os ruego, Monseñor, que deis á cada cual lo que le corresponde; si de lo que dice mi señora dejais aparte las cosas de cortesía, quedará muy poco.—El Prelado sonrió, y levántose sin decidir el pleito, poniéndose á discurrir algo con el joven y distribuyendo después algunos objetos devotos á las niñas. Al fin dió la primera bendición pastoral á las nueve ovejitas, que la recibieron postradas en el suelo. Julia, según la costumbre católica, le besó la mano, y lo propio hicieron los Needle. John se quedó, á fin de hablar á solas con el Obispo. Quería pedirle un consejo.—Yo, le dijo, tengo en mi tierra una capilla, que ya estuvo en poder de un ministro independiente...

Lo sé, añadió Monseñor interrumpiéndole.

—Ahora me gustaría trasformarla para el culto católico. ¿Qué le parece á Vuestra Gracia?

—Pienso, caro señor Needle, que no podíais pensar cosa mejor. Cuando la tengais dispuesta, y esteis resuelto á consagrarla perpetuamente al culto divino, haré que la bendigan, con lo cual gozará de los privilegios propios de los oratorios públicos.

—Sería una providencia para mi familia. Comprendéis, Monseñor, que, convertidos nosotros, y habiendo en el castillo y fuera no pocos de nuestra comunión, miraríamos como un favor singular poder recibir á un sacerdote para que dijese la santa misa en los días de fiesta, y para que admitrase los Sacramentos. Un cuarto para pasar la noche cerca del oratorio existe ya: es el mismo que ocupó el pastor protestante, que, á decir verdad, en asunto de comodidades no anduvo desmemoriado. Ordenaré que las estancias sean provistas de todo lo necesario. Por lo que hace á la dote de la capilla, lo dejo al arbitrio de vuestra Gracia. Mientras todo se acomoda, nuestro castillo suplirá la casa rectoral. Espero que aún Vuestra Gracia se dignará honrarnos alguna vez con su presencia.—

El Prelado se maravilló no poco de ha-

llar al joven, neófito de ayer, tan enterado del Derecho canónico y con tan prudentes designios. Ignoraba que miss Julia, sin dejarse descubrir demasadamente, había inspirado tales sentimientos á John, poniéndole, por decirlo así, las palabras en la boca. De todas maneras, aprobó la proposición, afirmando que hubiera con gran gusto ido á Parque Verde para recibirlo en la Iglesia, si graves asuntos no se lo impidieran: añadió sabía que á la señora Needle gustábale mucho contribuir para el recogimiento y la devoción, así como tomar parte en una función solemne. Dijo, en fin, que, arregladas las cosas, abierto el oratorio, y reunida una pequeña grey, no tardaría mucho en dirigirse á Parque Verde, á fin de administrar el sacramento de la Confirmación, y que para entonces admitía desde luego la hospitalidad que ofrecíanle tan gentilmente.

Por tales disposiciones, John dió las gracias más abundantes que había dado en su vida. Añadió que le era indiferente hacer la adjuración con solemnidad ó sin ella.

—Sólo me corresponde admitir con gratitud las órdenes de Vuestra Gracia: por lo que hace á mí, ni busco ni esquivo, la publicidad. Hágome católico por exacto al

par que profundo conocimiento de la mente, y por deliberada resolución de la voluntad: para mí es un derecho y un deber. No me toca investigar lo que haya de pensarse ó decirse respecto á mi persona; no reconozco por juez á nadie, fuera de Dios y de mi conciencia; indignaríame contra mí propio si sintiese un gérmen de la bellaquería que se llama respeto humano. Vuestra Gracia, pues, no se preocupe de mi debilidad, porque gracias á Dios, no me avergüenzo de conocer la verdad, ni de abrazarla.

—¡Que os conserve Dios tales sentimientos! resyondió el Obispo: esta es la vía recta. Vivimos en un tiempo en el que meten gran ruido con el *valor civil*; más no siempre se hallan hombres de sentimientos viriles entre los que se vanaglorian de su propia independencia. Os aconsejo, como espiritual pastor del alma vuestra, que emprendais y continúeis así la carrera del católico: no ostenteis ni disimuleis vuestra fe; ninguna constancia es más hermosa que la constancia modesta.—

Con pocas palabras más se despidió el Prelado del señor Needle.